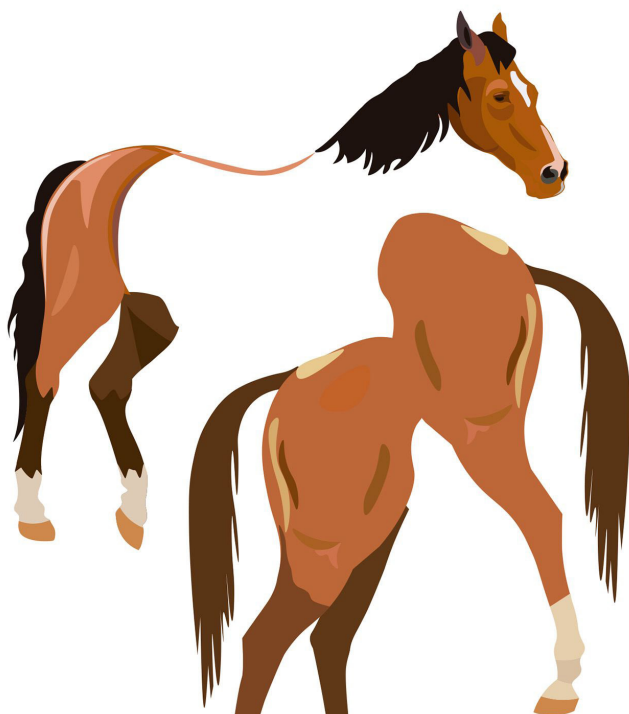
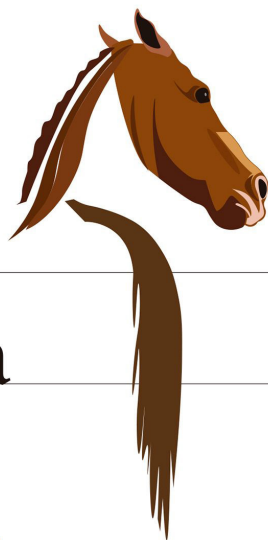




Seix Barral

Juan José Saer

Nadie nada nunca





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Saer
Nadie nada nunca

I. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca cayendo suave, medio comida por el agua, la isla. El Gato se retira de la ventana, que queda vacía, y busca, de sobre las baldosas coloradas, los cigarrillos y los fósforos. Acucillado enciende un cigarrillo, y, sin sacudirlo, entre el tumulto de humo de la primera bocanada, deja caer el fósforo que, al tocar las baldosas, de un modo súbito, se apaga. Vuelve a acodarse en la ventana: ahora ve al Ladeado, montado precario en el bayo amarillo, con las piernas cruzadas sobre el lomo para no mojarse los pantalones. El agua se arremolina contra el pecho del caballo. Va emergiendo, gradual, del agua, como con sacudones levísimos, discontinuos, hasta que las patas finas tocan la orilla.

Va cortando, sobre la tabla, sin apuro, rodajas de salamín. Cuando ha cubierto casi toda la superficie del plato blanco de rodajas rojizas, lo pone en el centro de la mesa junto al pan y los vasos. Saca de la heladera una botella de vino tinto llena todavía hasta la mitad y la deja entre los dos vasos. Sin moverse en lo más mínimo, sin ni siquiera pestañear, el Ladeado está observándolo cuando se sienta. Para darle coraje, el Gato se sirve una rodaja de salamín. El Ladeado se decide por fin, y con dos dedos en los que aparecerá, debido a la grasa, un brillo ligero, se sirve la primera. La pela con lentitud y cuidado y se la lleva a la boca. El bayo amarillo busca, instintivo, la sombra, sin ninguna inquie-

tud. Tasca, de entre las viejas cajas de batería y los viejos neumáticos medio podridos, el pasto alto. Los dos tambores de aceite, oxidados, acanalados, reciben, recalentándose, el sol de la siesta, uno vertical, el otro acostado, aplastando los yuyos, resecándolos. Mascando las últimas rodajas de salamín, cada uno con su vaso en la mano, el Gato y el Ladeado miran al bayo amarillo desde la sombra tibia y pegajosa de la galería.

—Pierdan cuidado, que aquí nadie lo va tocar —dice el Gato.

—Sí, don Gato —dice el Ladeado.

El piso duro y frío de baldosas coloradas lo hace estremecer cuando apoya en él la espalda desnuda. Deja los cigarrillos y los fósforos sobre su pecho. Mira el cielorraso. No piensa en nada. Su piel entibia casi en seguida las baldosas. Cierra los ojos y respira lento, inmóvil, haciendo crujir ligeramente el celofán del paquete de cigarrillos depositado sobre su pecho. Llega, hasta sus oídos, sin estridencias, el rumor de febrero, el mes irreal, concentrado, como en un grumo, en la siesta. Se incorpora, apoyándose sobre el antebrazo, y los cigarrillos y los fósforos saltan de su pecho, uno a cada lado de su cuerpo, chocando contra las baldosas coloradas. Se incorpora todavía un poco más y queda sentado, mirando a su alrededor. Están la mesa y las sillas, las paredes blancas, el rectángulo de la ventana por el que la luz de la siesta, indirecta y ardiente, llena la habitación de una luminosidad mitigada. Contra la pared está el cenicero, de barro cocido, y entre su cuerpo y la pared, en desorden, las alpargatas. Y sobre el cenicero, negra, inmóvil, adherida al barro ahumado, súbita, la araña.

Aunque la punta de la alpargata casi la toca, sigue inmóvil, como si fuese un dibujo negro, una mancha Rorschach estampada en la cara exterior del cenicero. Pero es demasiado gorda para dar esa ilusión. Y emite, porque está

viva, algo, un fluido, una corriente, que permite, incluso sin haberla visto, saber que está ahí. Cuando la alpargata la toca retrocede un momento —parece como que va a retroceder pero no hace más que poner en movimiento las patas traseras— y después salta hacia un costado, despegándose del cenicero. No ha terminado de tocar el suelo que ya la planta de la alpargata, que el Gato blande, la aplasta contra la baldosa colorada. El centro del cuerpo negro se ha convertido en una masa viscosa, pero las patas continúan moviéndose, rápidas. El Gato, la alpargata en alto dispuesto a dejarla caer por segunda vez, permanece inmóvil: de la masa viscosa ha comenzado a salir, después de un momento de confusión, un puñado de arañitas idénticas, réplicas reducidas de la que agoniza, que se dispersan, despavoridas, por la habitación. En la cara del Gato se abre camino una sonrisa perpleja, maravillada, y después de un segundo de vacilación, la alpargata vuelve a golpear contra la baldosa, resonando. Ahora la mancha ha quedado inmóvil y definitiva, adherida a la baldosa colorada. El Gato mira a su alrededor: de las recién nacidas, producto de la rápida multiplicación que acaba de operarse, ni rastro.

El bayo amarillo tasca tranquilo, entre los eucaliptos del fondo. Cuando el Gato sale a la galería, alza la cabeza y lo contempla, sin dejar de masticar. Sobre su pelo amarillento se imprimen las manchas del sol, más claras, que atraviesan el follaje. Su mirada parece pasar a través del cuerpo del Gato para fijarse más allá, en un punto impreciso, pero es en realidad al Gato a quien mira. Ahora se desentienden uno del otro y mientras el bayo amarillo continúa tascando, el Gato se aproxima al borde de la galería, sobre el que se imprime una franja de sol, y mira el espacio abierto más acá de los árboles del fondo, el espacio sembrado de baterías dispersas y medio enterradas, y de neumáticos podridos, manchados de barro reseco. Los dos tambores de aceite, uno en posición vertical, el otro acostado, aplastando los

yuyos, se carcomen en la intemperie. En el fondo, tranquilo, el bayo amarillo estira su largo cuello hacia el pasto. Todo lo demás está inmóvil.

Va dejando atrás la casa, los árboles, y ahora camina sobre la arena tibia. En la playita hay algunos papeles arrugados, paquetes de cigarrillos vacíos y retorcidos, basura. A unos treinta metros en dirección al montecito, el bañero conversa con un hombre vestido con una camisa blanca, un pantalón oscuro y un sombrero de paja. Están refugiados bajo un árbol. El Gato los mira, de un modo fugaz, por el rabillo del ojo, sin girar la cabeza, para no saludar. Corridos por la siesta, los bañistas volverán al atardecer. Una franja húmeda y barrosa, en la que las huellas del bayo amarillo son todavía visibles, separa la playa seca del agua. Sobre esa franja húmeda, el Gato alza la cabeza y contempla la isla: chata, compacta, la vegetación polvorienta y la barranca rojiza, irregular, que baja al agua. Casi cincuenta metros separan las dos orillas.

El agua ciñe los tobillos del Gato.

El agua tibia corre sobre su cuerpo. Se jabona con vigor la cabeza, las axilas, el culo, los genitales, los pies. Después deja que la lluvia tibia barra el jabón, ayudándola con las manos. Queda un momento ciego, inmóvil, percibiendo el rumor del agua que choca contra su cabeza y baja en chorros gruesos por su cuerpo. No piensa nada. Denso, opaco, macizo, durante un minuto, hasta que estira la mano y cierra la canilla. Sigue todavía inmóvil, con los ojos cerrados, unos segundos más. Gotas caen de un modo cada vez más espaciado, desde su cuerpo, resonando contra el piso de la bañadera.

No quiere anochecer. En la penumbra azul eléctrico, estacionaria, se oye el zumbido monótono de mosquitos. En el fondo, bajo los árboles altos, achatados y negros cuyo

follaje está lleno de manchas azules que cintilan, el bayo amarillo se mueve, impreciso: un gran cuerpo amarillento cambiando de tanto en tanto de posición. Su cola se alza y se sacude, desplegándose y volviendo a caer. Más acá están el espacio sin árboles, sembrado de baterías semienterradas y de neumáticos podridos, y los tambores de aceite: comidos por el óxido, acanalados, uno vertical y el otro acostado. El Gato toma un largo trago de vino blanco, haciendo tintinear el hielo en el interior del vaso y después deja el vaso sobre el asiento de paja de la silla. Cuando se reclina otra vez, su espalda desnuda, toda sudada, se pega a la lona anaranjada, áspera, del sillón. El aire azul, estacionario, no parece querer cambiar, liso, transparente, como de vidrio. El Gato estira la mano hacia el vaso de vino blanco y lo vacía de un trago. De la botella que está en el piso, entre el sillón y la silla, lo vuelve a llenar. Suda y suda.

No bien se estira en la cama, en la oscuridad, desnudo, la sábana está empapada. El punto rojo de la espiral, sobre la mesa de luz, junto al ventilador que zumba monótono, brilla atenuado, sin parpadeos. Ahora ve un poco mejor en la oscuridad. El resplandor blanco de las paredes, de la sábana, la silueta de la silla, el rectángulo de la ventana lleno de la oscuridad carcomida de los árboles. El Gato se mueve pesado, aturdido, en la cama, haciéndola chirriar. Además de húmeda, la sábana está tibia, y a cada movimiento de su cuerpo se forman en ella unos pliegues gruesos y achatados que se incrustan en su piel. Girando en semicírculo, el ventilador le envía, periódico y regular, ráfagas débiles de aire fresco que no alcanzan a borrar, sin embargo, el ahogo, el aturdimiento.

Está parado, cuando se despierta, o cuando comienza, más bien, a despertarse, al lado de la cama. La sábana, las paredes blancas, relumbran en la oscuridad, y el zumbido del ventilador continúa, monótono. El espiral se ha consu-

mido entero. Está saliendo, despertando, de un horror difuso, espeso, y cuando advierte que ya está casi despierto, desnudo, parado al lado de la cama, el horror envía, todavía, como el ventilador, ráfagas. Vuelve a echarse, boca abajo. La cara aplastada contra la almohada húmeda mira, en línea oblicua, la ventana: las mismas manchas negras de los árboles carcomidas por la penumbra exangüe. Las mismas: ¿las mismas que qué o que cuándo? Cierra el ojo, oyendo el ventilador y, súbito, desgarrando, más que el silencio, la oscuridad, y no demasiado lejos, un gallo.

El motor de la bomba trabaja al sol. El sol sube. El Gato abre la canilla y pone bajo el chorro el balde de plástico rojo, cuya cara exterior deja transparentar los reflejos luminosos, como nervaduras, del agua que va llenándolo. Cuando el balde está casi lleno el Gato cierra la canilla y deja el motor en marcha para que busque, en el fondo, encarnizado, y contra el sol, más fresca.

Sosteniendo el balde rojo por la manija en arco, con la mano derecha, el Gato gira, dando la espalda al motor que zumba, con ritmos complejos, en el sol: la mano derecha va ligeramente hacia adelante, la mano izquierda hacia atrás, de modo que los brazos están separados del cuerpo, en línea oblicua, las piernas separadas, la planta del pie derecho apoyada entera en el suelo, adelante, el pie izquierdo apoyado en la punta, los dedos amontonados y doblados, la sombra proyectándose sobre la tierra apisonada en la que no crece una sola mata de pasto.

El pie izquierdo va en el aire, la mano que sostiene el balde ligeramente hacia atrás, la izquierda hacia adelante, el pie izquierdo alzándose ligeramente de modo que tiende a arquearse y a quedar apoyado en la punta, todo el cuerpo inclinado hacia la derecha por el peso del balde colorado.

Los dos golpes en la puerta de calle suenan suaves, casi inaudibles, en el momento en que el Gato se yergue después de haber dejado el balde de plástico, lleno de agua fresca, frente al bayo amarillo cuyos músculos, moviéndose con un ritmo complejo y múltiple a lo largo de todo su cuerpo muestran, más que la cabeza, que permanece inmóvil simulando no haber escuchado los golpes, una ligera excitación.

El Ladeado disemina forraje frente al bayo amarillo, que pasa del pasto al forraje sin ninguna violencia, mascando con parsimonia. El Gato recoge el balde vacío y se encamina hacia el zumbido del motor. Cuando abre la canilla, un chorro blanco retumba en el interior del balde, que rebalsa en seguida: un penacho blanquecino, láminas de agua transparente que se derraman por los bordes y gotas que parten en todas direcciones destellando fugaces en la luz de mediodía. El Ladeado mira comer al bayo amarillo. El Gato deposita el balde colorado entre el forraje disperso en el suelo, reducido ahora por los espesos y casi continuos bocados del caballo.

II. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca cayendo suave, medio comida por el agua, la isla. Y al asomarme a la ventana, fumando, veo, en el medio del río, viniendo en dirección a la casa, al Ladeado, la cabeza hundida entre los hombros torcidos, sobre el bayo amarillo. El chorro de humo que dejo escapar se disuelve despacio poniendo, entre el río soleado y yo, entre el jinete que avanza dejando atrás el centro del río y la ventana protegida por la sombra, una bruma grisácea, delgadísima, que no acaba nunca de disiparse. El bayo amarillo sale del agua, atraviesa la playa desierta, las patas finas enredadas en su propia sombra, y después de andar un trecho sobre la extensión de pasto ralo y amarillento que separa la casa de la

playa, se detiene a tres o cuatro metros de la ventana. El Ladeado me mira un momento sin hablar mientras el bayo amarillo sacude, despacio, la cabeza. Después saluda. Su tío Layo, dice, me pide que le guarde por unos días el bayo amarillo en el fondo de la casa.

Le hago, con la cabeza, una seña para que dé la vuelta y entre por atrás.

Voy atravesando, despacio, las habitaciones frescas, embalsadas de colorado, entre las paredes blancas, atravesando el hueco de las puertas pintadas de negro, y cuando llego a la galería del fondo, sobre la que el sol golpea, tiro, hacia el centro del patio trasero, lo que queda del cigarrillo. Montado sobre el bayo amarillo, el Ladeado espera sin impaciencia del otro lado del portón.

Ahora baja del caballo, bien en el fondo, bajo los eucaliptos, y lo desembaraza, trabajoso, de silla y riendas. Las perforaciones de luz que atraviesan la fronda manchan, moviéndose cuando ellos se mueven, hombre y caballo. Todo el suelo está sembrado de círculos de luz.

Saco, de la heladera, el salamín, el pan de la bolsa. El Ladeado sigue, mientras habla, mis movimientos.

—Ante noche mataron otro más en Santa Rosa —dice—. Ya van nueve.

—Diez —digo yo—. Anoche mataron uno aquí en Rincón.

—Es pura maldad— dice el Ladeado.

Sobre la tabla que está en el fogón corto, despacio y con cuidado, la primera tajada de salamín.

Volverá, dice antes de partir, todos los días, a traerle alimento. Los ojos, reunidos cerca de la nariz, las cejas juntas, el aire sombrío, y, sobre todo, la cabeza entera hundida entre los hombros retorcidos, vuelta desde la galería hacia el caballo que tasca tranquilo atestiguan su aprensión: que no

aparezca, súbita, silenciosa, la mano con la pistola y que no apoye el caño, con suavidad, en la cabeza del caballo. Que no retumbe la explosión.

Cuando la suela de la alpargata ha golpeado, rápida, a la araña, he visto salir, en todas direcciones, una docena de arañitas despavoridas, que han desaparecido. Ahora la alpargata vuelve a golpear. Queda una mancha negruzca, viscosa, en la baldosa colorada. Las arañitas han encontrado, seguro, refugio bajo los muebles, o en las junturas abiertas entre las baldosas coloradas y la pared blanca. Queda la mancha negruzca, viscosa: ya no es araña ni nada. Es una mancha, viscosa, achatada, negruzca, que puede significar, para el que no sabe, cualquier cosa: en sí, ya no es prácticamente nada.

En el silencio de la siesta, hirviente, desde bajo los árboles atravesados, a esta hora, de luz, desde su propio silencio, habiendo dejado, por un momento, distraído, de tascar, retraído, serio, circunspecto, el bayo amarillo me contempla.

El agua, tibia, color caramelo, me ciñe los tobillos.

Ahora el agua me ciñe, inmóvil, tibia, las rodillas.

La isla enfrente, con su barranca suave, la vegetación enana y sus flores irrisorias, todo desierto, polvoriento y calcinado, y el agua tibia, oscura, que ahora me ciñe el pecho.

La masa confusa, tibia, es amarillenta, llena de nervaduras luminosas; hay, puede presumirse, un exterior desde el que esa luz llega. Deja escapar un murmullo profundo, asordinado, múltiple, diseminado alrededor y que permite entrever, por la presencia constante, su extensión. Pequeñas convulsiones semisólidas se levantan, por momentos, del fondo, y quedan durante largo rato en suspensión, como si las partículas que las componen estuviesen sometidas a le-

yes nuevas y rigurosas. Todo parece estar, todo el tiempo, en movimiento y expansión, pero de un modo entrecortado, sin apuro ni violencia. La masa es como elástica, apretada; avanzo, por decirlo así, con dificultad. Y cuando irrumpo, ruidoso, con un estruendo líquido, en la superficie, veo, bajo los árboles, a unos metros de la casa, más allá de la franja amarilla de la playa, al bañero y al hombre de camisa blanca y sombrero de paja que conversan, aunque a esta distancia no puedo escuchar sus voces. Mueven, en la siesta silenciosa, los brazos, las cabezas.

Una treintena de bañistas, dispersos en la playa y el agua, llena de gritos y voces el aire calcinado. Permanecen inmóviles, o se agitan, o andan, en la luz declinante. Los que están en el río hacen resonar, con sus brazadas y su pataleos, formando en la superficie tumultos blancos, el agua. Los cuerpos rayan, con su ir y venir, el espacio que se abre entre la casa y la isla. El río, ligeramente violado, corre entre la arena amarillenta y el verde ahora desteñido de la isla. Todos los bañistas se mantienen en la proximidad de esta orilla. Sin embargo, uno de ellos, que se ha aventurado hacia la otra y que ha estado desplazándose bajo el agua, emerge súbito cerca de la isla. Su cuerpo bronceado sale entero del agua y comienza a trepar, inclinado, pisando con cautela, la barranca. Se para rígido en el borde, las manos apoyadas en las caderas, y mira hacia la playa. Alza los brazos haciendo grandes señales, incomprensibles, ahora. Se lleva las manos a la boca, ahora, para usarlas como bocina, y grita, ahora, hacia la playa.

Al cerrar la puerta, oigo todavía sus gritos y los de una mujer, de este lado del río, que le responde. Están la habitación blanca, el piso de baldosas coloradas y detrás de mí, y en frente de mí, del otro lado de la habitación, las puertas negras. El murmullo que manda la playa, y por encima del cual se elevan, por momentos, gritos agudos, es continuo.